

I

En la academia de mi padre había manos y pies de yeso, también la cabeza de Séneca y una Venus de Milo. Había las flores artificiales de aspecto más natural que se podían encontrar en el mercado. Frutas de plástico para los que no eran lo bastante rápidos pintando bodegones de fruta fresca. Una variedad increíble de jarrones y recipientes, así como de telas de todas las texturas y colores. La estructura espacial y volumétrica de las disposiciones de objetos se establecía en las hojas en blanco mediante mínimas marcas de carboncillo. Los brillos metálicos del cobre o matizados del barro, y las diferentes transparencias del cristal o el plástico, desvelaban gradualmente sus secretos cromáticos. Se sabía de los efectos de los complementarios en las sombras y la modulación multicolor en las superficies aparentemente blancas. En la pintura al aire libre se revelaban los efectos conjuntos de la perspectiva lineal y atmosférica en la creación de efectos de distancia y profundidad. Y la libre experimentación formal estaba firmemente basada en los equilibrios de ritmos y volúmenes de la teoría compositiva.

En el aula de dibujo de la Facultad de Bellas Artes había docenas de caballetes de ruedas para formatos grandes. En tarimas elevadas posaban las (y los) modelos con quienes nos unía una complicada relación de respeto y mutuas exigencias nunca satisfechas del todo. Sorprendentemente volvieron a explicarme cómo se encajaba una composición y casi de inmediato olvidé todo lo demás para, en los cinco años siguientes, tener que volver a aprender de nuevo el oficio aunque en realidad ningún profesor se atreviese a llamarlo así ni —estrictamente hablando— tampoco lo enseñara. Nunca llegué a averiguar al servicio de qué había que poner todas esas destrezas, pero eso no fue responsabilidad exclusiva de mis profesores. El itinerario «figurativo» por el que había optado podía ser el culpable, pero más tarde encontré a compañeros «abstractos» igualmente perdidos. De Balthus a Sophie Calle, era evidente que los artistas, al margen de la naturaleza de su práctica, sabían lo que buscaban.

II

Constato que es posible aprender cosas y contrastar criterios de forma no totalmente arbitraria. Que existe un diálogo que no se basa en argumentos como que «la forma no va a ninguna parte», «la pintura es otra cosa», «tú debes ser hijo único» o «esto carece de concepto». Tampoco importa cómo se pinta el brillo metálico de un caldero de cobre. Puede que tenga algo que ver con que sea el área de educación. Por primera vez parece que se habla de cosas que tienen sentido no sólo para nosotros sino, al

parecer, en el mundo de lo cotidiano. Parece ser que el arte no es algo entre yo y mi obra, sino algo que discurre por entre sujetos, discursos, instituciones y contextos. La prórroga del doctorado que me otorgo durante los años siguientes a la licenciatura parece prometer una posibilidad de aprender lo que (no sabía que) me interesaba y, de paso, me libra de tomar alguna decisión al respecto de mi vida.

III

Las noches son el tiempo de preparación de las clases. Hay que poder responder a cualquier pregunta. Hay que saberse la asignatura. En tres meses me he reencarnado ser profesora, porque F* libra docencia por cargo y parece ser que yo puedo responsabilizarme de cubrirla. La confianza me desconcierta pero soy consciente de la oportunidad. Ahora no soy quien plantea preguntas sino quien las responde (parece que como alumnos primerizos debemos responderlas, como alumnos avanzados debemos ser capaces de plantearlas y como docentes primerizos volvemos a tener que responderlas). La disciplina de lectura persiste, pero ahora es mucho más rigurosa. Las notas llenan un cuaderno tras otro. Las notas se convierten en acetatos. En la clase, las sillas están férreamente soldadas en filas paralelas a la tarima a la que nadie se sube, ni siquiera yo. El suelo se eleva en aplanados y profundos escalones formando gradas y gradas de esas sillas soldadas. Todos los ojos son visibles. La luz disminuye a medida que se acerca a la tarima para poder ver las proyecciones. Se forma un embudo de gradual oscuridad que deja mi lugar en penumbra. Los ojos son visibles, pero los rostros inescrutables. Imposible saber qué piensan los 50 alumnos que se sientan cada semana a las ocho de la mañana en una asignatura obligatoria que, en su mayoría, no habrían escogido. La peor posibilidad es la de la pregunta que no sabré responder. Leo (casi) toda la bibliografía propuesta en un programa que no he elaborado yo. Seguramente son libros que debería haber leído durante la carrera. Yo me aprendo la asignatura y la explico con esquemas ordenados e imágenes que visibilizan (creo) los conceptos. Los alumnos anotan cosas que no puedo adivinar. Alguno dibuja. Yo también anoté y dibujé en mis apuntes durante los cinco años de carrera y los dos de doctorado. La evaluación es la incorporación más problemática al paquete de responsabilidades docentes. Emitir un juicio sobre el trabajo de otros, la definición de criterios, la incertidumbre del juicio, la falibilidad de la aplicación, la decisión, en última instancia, de lo que es un proceso de aprendizaje y de lo que es deseable y lo que no requieren algo más que disciplina de lectura. Heredo el programa, la bibliografía y hasta parte de las transparencias de los profesores con que comparto la docencia de esta asignatura (F*, M*, J*). No tengo tiempo de saber qué pienso sobre ello porque necesito un material que no he tenido tiempo de construirme. Esto me

permite sobrevivir más de un año. La nueva posición no sólo me ha colocado en un aula sino también en un departamento y en un despacho. La importancia de esta dimensión aflora pasados los primeros meses. Ser docente es más que la asignatura, las clases y los alumnos. Es la trastienda que los alumnos ignoran o sólo intuyen vagamente. La estructura organizativa del departamento y de la facultad no es transparente. Los cargos son importantes pero también las personas que los ocupan o, más exactamente, las relaciones existentes entre esas personas. Esto es aun más importante en el despacho porque no hay una cadena de mando formal aunque sí relaciones de poder, reconocimiento y des-reconocimiento. Las historias de las personas que me rodean se entrecruzan desde mucho antes de mi llegada. El personal de la facultad se multiplica: además del profesorado, las personas encargadas de la administración y los servicios se convierten en interlocutores de muchas de las tareas. En los consejos de departamento y en los encuentros informales con mis ahora colegas me doy cuenta de la consideración que merece una becaria de investigación y docencia, mujer y joven. El repertorio de habilidades sociales adquirido como alumna aventajada es útil para desviar la atención de cierto grupo de profesorado potencialmente hostil o sutilmente despectivo. Una respuesta correcta —o ingeniosa si no se está segura—, algo de humor y la capacidad para pasar desapercibida son estrategias eficaces en situaciones que podrían derivar en fricción. Trabajar en el área de educación demuestra ser un handicap importante en la carrera por el reconocimiento como docente en una facultad centrada en la producción artística definida de la manera más convencional y restringida. El interés por la educación mengua automáticamente las cualidades artísticas de una hasta el punto, parece, de borrar en la mente de algunos el hecho de haber sido su alumna en los talleres de pintura y dibujo. Las becarias no cotizamos en la seguridad social, no tenemos derecho a baja ni a subsidio de desempleo. En los consejos de departamento el voto de una becaria vale el 50%, proporción que plantea alguna duda aritmética en el caso de ser una, tres u otro número impar. El hecho de que haya otras personas que tienen y toman más responsabilidades —F*, J*, M*...— hace que los peores golpes lleguen amortiguados y puedo permitirme el lujo de centrar toda mi atención en la relación con la materia y los alumnos, que desplazan también la definición de mi tesis a los márgenes de la agenda. Aumentan las decisiones propias sobre los programas, los materiales cambian y se redefinen, cambian las aulas y con ellas el espacio teatral de mis clases. No es tan necesaria la aprobación. Me han hecho muchas preguntas que no he sabido responder. A veces hemos buscado respuestas juntos. He conocido a algunos, sobre todo a algunas, que me han enseñado cosas importantes más allá de la estrechez de la asignatura (porque todas las asignaturas son más estrechas que el resto del mundo). Me he enfrentado a alumnos y algunos se han enfrentado conmigo, cuestionando las asignaturas y de paso a mí. Otros han encontrado en ellas un lugar

de aprendizaje importante en su formación. Asumo más responsabilidades docentes a medida que se consolida mi posición en el departamento. La autonomía ganada en la definición de mi práctica se conjuga con la docencia compartida. Del contraste y la puesta en común en el mismo contexto de aula es posible aprender de maneras que hasta entonces no había tenido a mi disposición. Nos divertimos en clase (a veces creo que más que los propios alumnos). La posibilidad de disfrutar de la docencia es algo que emerge de manera inversamente proporcional a la preocupación por el control absoluto de los contenidos. Aun así, la lectura sigue siendo una disciplina inalterable, y continúa manteniéndose un dibujo bastante nítido de lo que un estudiante debe aprender en cada asignatura. Las vías para alcanzarlo pueden ser diversas. La ancha plataforma de la seguridad debe convertirse en trampolín para probar otras cosas: desconstruir el programa, abrir el aprendizaje a la incertidumbre, comprender el aprender como un transformar, soltar el timón y ver a donde me (nos) lleva lo que suceda. Mi posición contractual me coloca en ese limbo que se extiende entre la precariedad y la primera figura laboral dignificada de la nueva ley de universidades. Dispongo dos años de moratoria en el limbo, en los que la construcción de un currículum normalizado promete compartir protagonismo con la docencia y la gestión.

IV

Hacia mucho tiempo que no estudiaba sin el objetivo a corto o medio plazo de convertir lo que leía en una materia que impartir. En cambio ahora podía seguir las fluctuaciones, avances y retrocesos de mis propios interrogantes; mantener vivas las dudas todo el tiempo que hiciese falta hasta que adquiriesen significado; abandonar si no encontraba salida hasta ver cómo seguir el camino. Podía, si quería, contrastar 10 fuentes sobre un único concepto e indagar los recovecos de una situación desde todos los ángulos que fuera capaz de imaginar. No tenía que esforzarme por hacer comprensible la complejidad sino que podía esforzarme por entender líneas de pensamiento que me parecían inasequibles, e incluso podía permitirme fracasar en el intento. No tenía que defender ante nadie (por el momento) el curso de mis indagaciones. Al mismo tiempo la exigencia podía no tener límite. Yo era a la vez la que me ponía a mí misma las preguntas y la que buscaba las repuestas. Siempre había un flanco débil y yo imaginaba la potencial situación de tribunal en la que esa pregunta se formularía, como en una partida de ajedrez con una misma. Pero dedicarme a la tesis demostró no implicar sólo eso. También era extraño que para enfrentarme a mi investigación de tesis tuviera que alejarme de la universidad y firmar un contrato con la asociación juvenil en la que había situado mi caso de estudio. En ese momento empezaba a evidenciarse cierto agotamiento de la vida académica y una

distancia demasiado acentuada entre ésta y la vida «real» a la que supuestamente hacía referencia. Así pues, la opción de trabajar fuera de la universidad se me presentó mientras me encontraba en una crisis amortiguada pero sensible. Sin embargo, el argumento que podía determinar hacia dónde se inclinaría la balanza fue la posibilidad de investigar «desde dentro» de la entidad juvenil y salvar así la pared invisible con que había tropezado como observadora. Pero aunque estuviese en un momento profesional confuso, cuando decidí aceptar la propuesta de la Asociación yo intuía que era una posición provisional supeditada al avance de la investigación. Este hecho me planteó varios dilemas: ¿era legítimo ocupar un puesto de trabajo cuando sabía que el retorno a la academia era probablemente mi objetivo último? ¿Dónde estarían mis prioridades a partir de entonces? ¿Deberían predominar mis intereses como investigadora o debería antes cumplir mis tareas como trabajadora? ¿Cómo se tomaría la gente de la Asociación mi presencia allí? ¿Considerarían que mi trabajo y mi investigación eran tareas incompatibles? ¿Pensarían incluso que llevarlas a cabo simultáneamente era jugar sucio? ¿Era ético seguir con la investigación gozando del acceso que me permitía un papel distinto del de investigadora? Por otra parte, el cambio de la vida académica a la laboral se percibía en los detalles más comunes. Después de encargarme de las clases de las 8 de la mañana en la Facultad sin un retraso en años, me sorprendió cuánto me costaba llegar a la Asociación puntualmente a las 10. Era demasiado tarde para levantarme con el tiempo justo para llegar y demasiado pronto para poder aprovechar la mañana. Tampoco me acostumbraba al horario de las comidas, de 3 a 5 de la tarde, intervalo que acabé aprovechando para poner al día las notas de campo o hasta para ir de compras. Trabajar los viernes hasta las 10 de la noche desbarataba toda posibilidad de hacer planes para el fin de semana. Por primera vez en la vida tuve que llevar un comprobante del médico al trabajo y también por primera vez recibí un lote de navidad.

V

A lo largo de este curso he descubierto varias cosas. Una de ellas es que la reunión de cierto número de personas en el espacio de pasillo que existe frente a la sala de actos constituye un riesgo para la seguridad. Otra es que no puedo colgar las listas de notas u otras informaciones en la puerta de nuestro despacho (y no digamos ya en la pared). También que debo ser capaz de definir al detalle y al completo a alturas del mes de julio lo que impartiré a partir de febrero y lograr encajarlo en un formulario web que difiere considerablemente de los programas que suelo entregar a mis alumnos. Que publicar en una revista internacional que apuesta por abrir nuevos ámbitos para la

disciplina y con editores que me interesan como investigadores me va a reportar menos valor en el currículum que hacerlo en una revista circunscrita a los Grandes Temas de la Disciplina abordados de la Forma Ortodoxa. Que la presencia en el aula durante mis horas de clase de algún alumno que no esté matriculado (independientemente de su edad) supone un riesgo para su seguridad que la póliza de la universidad no cubre y que por lo tanto debo invitarle a marcharse. Que se me puede pedir que determine intuitivamente los créditos ETCS a los que equivalen mis asignaturas sin que ninguna instancia de la universidad haya publicado orientación alguna acerca de las correspondencias a aplicar. Que si alguna vez se me ocurre salir con el grupo de clase a hacer algo fuera de las instalaciones de la facultad (de nuevo, independientemente de la edad de los alumnos) debo notificarlo con antelación y por escrito, especificando el número de alumnos y sus nombres, para hacer extensiva la póliza de la universidad a dicha situación extraordinaria. El próximo curso espero descubrir muchas cosas más.